



XXII

EXCELENCIAS DE LA POBREZA EVANGÉLICA.

Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

MAT. 3. 5.

Quando estimada Margarita: Cumpliendo lo que ofrecí en mi anterior, voy á escribirte hoy sobre las excelencias de la pobreza santa; y para dar feliz comienzo á sus elogios, no encuentro palabras tan primorosas como aquellas que en solemnisimo día brotaron de los purísimos labios de Cristo: *¡Dichosos de los pobres voluntarios!* Con esta peregrina y nunca oída exclamación empezó nuestro adorable Maestro el sermón de la montaña, y en sola ella hizo el más acabado panegirico de la pobreza evangélica. Grandes y solidisimas deben ser las excelencias de esta virtud, puesto que el Artífice divino cuando quiso echar los cimientos de la perfección cristiana, la colocó como piedra angular en la base del edificio, según

se desprende de estas palabras: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y repártelo entre los pobres." No te quedes con nada, déjalo todo, despréndete de todo, renúncialo todo, porque "el que todo no lo renuncia, no puede ser mi discípulo," (*Luc. 14*).

En idéntico lenguaje se expresó siempre Jesucristo, al hablar de la pobreza, y como si le pareciera poco ensalzar esta virtud con alabanzas y sólo de palabra, la ensalzó con las obras, haciéndola su dama de honor y su compañera inseparable, mientras vivió sobre la tierra. De todas las virtudes fué modelo, y de todas ellas nos dejó sublimes ejemplos Cristo nuestro Señor; pero de la pobreza nos dió un ejemplo que duró toda su vida, empezando por las pajas del Pesebre y acabando por el leño de la Cruz. Pobre fué su nacimiento, pobre su niñez, pobre su juventud, pobre su mocedad, pobre su vida entera, hasta el extremo de poder decir con verdad que las zorras tienen sus cuevas y las aves tienen sus nidos, y Él ni siquiera un mísero rincón donde reclinar su cabeza. Pobre se crió, con los pobres fué su trato, pobres fueron sus discípulos, á los pobres amó siempre con predilección y la pobreza le acompañó desde el Portal hasta el Calvario, donde murió desnudo entre los brazos de la santa pobreza.

Después de esto ya no es de extrañar que empezara su predicación haciendo elogios de la pobreza, prometiendo á los pobres voluntarios el reino de los cielos, y llamándolos felices y bienaventurados. Sí, ¡bienaventurados!; y ¿sabes por qué, Margarita? Porque en la pobreza voluntaria hay encerrados grandes bienes; pues así como la codicia es raíz de todos los males, según afirma el Apostol, así también la pobreza es madre de todas las virtudes, en frases de San Ambrosio: *Radix omnium malorum cupiditas; nutritrix omnium virtutum paupertas*. No es pequeña alabanza de

la pobreza voluntaria ésta que aquí vamos diciendo, puesto que ella hace al hombre feliz aun en esta vida, de la manera que aquí podemos serlo. Sólo puede llamarse feliz en este mundo el que tiene todo lo que quiere, con tal que no quiera nada malo; y esta felicidad la posee como nadie el pobre voluntario. Él tiene cuanto quiere, porque se conforma y contenta con lo que tiene, sin desear más; y como no habiendo deseos que satisfacer, el hombre descansa satisfecho y feliz, síguese por consecuencia forzosa, que la pobreza voluntaria da la felicidad al hombre en esta vida.

Facil es que en estos tiempos de necesidades ficticias y sibaritismo real no sea entendida ni atendida esta sublime filosofía del evangelio; pero no por eso dejará de ser una verdad patente, á todo el que no sea ciego voluntario, que la verdadera felicidad del hombre en esta vida no consiste en poseer mucho, sino en desear poco, ó en no desear nada; así como la infelicidad no está precisamente en ser uno pobre, ni en caer de algo, sino en la sed devoradora y en la ambición insaciable que tiene el hombre, y no quiere arrancar de su corazón. Bien lo entendió el que dijo:

Si á ser pobre me acomodo,
Tendré riqueza sobrada;
Pues cuando no quiera nada,
Entonces me sobra todo.

¿Y quién será más dichoso? ¿Aquél á quien todo le sobra, ó aquél á quien todo le falta? ¿Quién será más feliz? ¿El que nada desea, ó el que está continuamente deseando? ¿El que nada quiere ó el que está herido por el aguijón de la avaricia? ¿El que está satisfecho, ó el que está atormentado por una sed devoradora? Claro es que tan dichoso es el primero como desdicha-

do el segundo; que la causa de esa desdicha es la codicia y los deseos no reprimidos de nuestro avaro corazón; y como la pobreza voluntaria reprime esos deseos y ese afán inútil del corazón humano, síguese que ella trae la dicha al hombre que la practica; y por eso el pobre de espíritu es feliz, porque nada desea; y no desea, porque lo tiene todo; y lo tiene todo, porque nada le falta, y nada le falta, porque está satisfecho con lo que tiene y no desea tener más.

Estas verdades las alcanzaron con la luz de la razón los filósofos paganos, y de ello nos da buena prueba el extravagante Diógenes, uno de los más conspicuos varones de la escuela cínica. Esta escuela fué fundada por Antístenes, discípulo de Sócrates, y profesaba como máxima fundamental el desprecio de las riquezas y de todo lo que no fuera sabiduría. Diógenes se alistó en ella, se vistió pobremente, se dejó crecer la barba, las uñas y el cabello, reunió unos cuantos pergaminos manuscritos, escogió por morada un tonel y en él se dió de lleno á la vida filosófica. Allí le sorprendió un día Alejandro Magnó, y viendo la estrechura en que vivía, le dijo: Muchas cosas te hacen falta, yo te las mandaré. Á lo cual respondió él con su acostumbrado cinismo: Te engañas, Emperador; más cosas te faltan á tí que á mí, porque soy más rico y feliz que tú; que la verdadera riqueza no está en tener mucho, sino en tener uno lo que quiere; y la felicidad no consiste en poseer uno muchas cosas, sino en no desear ninguna. Yo nada deseo y tú sí; yo nada quiero y tú estás siempre codiciando; y así más rico y feliz soy yo que tú.

Otra de las grandes alabanzas que se pueden hacer de la pobreza evangélica es ser ella moneda de valor suficiente para comprar el reino de los Cielos. Grande sería el precio de una joya con la cual se pudiera ad-

quirir el territorio de una provincia; grandísimo sería el valor del diamante con el cual pudiera comprarse un reino; é inestimable sería el precio de aquel tesoro que bastara para darse en cambio de todos los estados de Europa. Pues ¿cuál será el valor de la pobreza cristiana que basta para adquirir no una provincia ni un reino temporal, sino el reino de los Cielos? Verdaderamente que esta es la preciosa margarita, cuyo hallazgo enriquece al alma de bienes celestiales.

Y ¿quién podrá aquí contar los bienes que lleva consigo la despreciada pobreza? Ella no conoce la inquietud ni el temor, la sospecha ni los cuidados, que son propios de las riquezas engañosas. El rico siempre está temiendo un contratiempo ó un revés de fortuna; la negra sospecha y los cuidados roedores le cercan por doquier; la inquietud turba su sueño y no le deja reposar en parte alguna; mas el pobre reposa tranquilo y duerme sosegado y descansa seguro sin inquietudes ni miedo, porque como nada tiene que perder, nada teme.

Grande alabanza de la pobreza evangélica es también ser ella la virtud que da muerte al conjunto de vicios que llamó S. Juan concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Esa concupiscencia es el mayor obstáculo que hallan los hombres para ser virtuosos; y vencerlo es el primer paso que se da en la vida religiosa, cortando de raíz esa mala codicia que brota en el corazón humano, como la yerba en el campo. Ese es el primer enemigo que se ha de combatir y vencer, si queremos tener libre el camino para encumbrarnos á los altos montes de la perfección cristiana, cuyos purísimos aires y perfumado ambiente no se respira en los infectos valles de la abundancia mundana. Esta abundancia de los bienes terrenos da fuerza y ayuda á todos los demás enemigos del alma para que le hagan

guerra y la aparten de su último fin; y la pobreza es la llamada á destruir esa alianza y quitar esa ayuda á nuestro enemigo para que en toda la línea quede triunfante la virtud. ¿Hay acaso virtud alguna á que la pobreza no sea favorable? ¿Y hay algún vicio para el cual no sean poderoso instrumento las riquezas? No en vano dijo Cristo en su Evangelio: ¡Dichosos los pobres! y ¡ay de los ricos!

Libranos, pues, la pobreza santa de muchos peligros y tentaciones; nos pone en ocasion de sufrir y de practicar virtudes heroicas; nos asemeja á Jesucristo, hecho pobre por nuestro amor; y ésta es otra de sus muchas excelencias. Yo no sé, querida Margarita, lo que tiene la pobreza santa, que nos acerca á Dios, porque Dios la quiere cerca de sí. Para venir al mundo, quiso que le recibieran en sus brazos la virginidad y la pobreza: á los pobres pastores fué á los primeros que admitió en su compañía, llamándolos por medio de un ángel: á los pobres pescadores escogió para apóstoles suyos; á los pobres predicó su evangelio, y á los pobres prometió el reino de los Cielos. Si esto no consuela á los pobres cristianos, no sé qué consuelo hallarán en la vida; y si esto no anima al religioso á practicar y amar la virtud de la pobreza, no sé qué lo animará á ser pobre de espíritu.

Esto sin duda alguna fué lo que hizo á Nuestro Seráfico Padre San Francisco enamorarse tanto de la pobreza, que le cantaba amorosas endechas, la llamaba su esposa, y nos encargó que la amáremos como á madre y fundamento de la Orden. Amemos, pues, la seráfica pobreza, porque ella es mina de santidad, tesoro de la Iglesia, camino del Cielo, mesa del Rey de la gloria, puerto de seguridad, fuente de eternos bienes, vía recta de perfección, descanso de los religiosos y nobleza de los siervos de Dios. ¿Qué más diré? Ella es

amiga de la paz, enemiga de inquietudes, despreciadora del fausto, reina de la moderación, extirpación de los vicios, madre de las virtudes, maestra de la sabiduría, muerte de la avaricia, guarda de la humildad, tranquilidad de las almas, ornamento de los monjes, seguridad de los fieles, posesión de los justos, moneda con que se compra el Cielo, piedra angular del cristianismo y amada compañera del Hijo de Dios.

Pues de esta pobreza santa, de esta virtud tan gloriosa como desconocida en el mundo, y del voto y profesión que de ella hacemos, te hablaré en lo sucesivo, y sobre ella te dirá cosas peregrinas tu afectísimo Padre,

FR. A.



XXIII

LA VIRTUD DE LA POBREZA.

Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra.

MATH. 6. 19.

No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra.

MATH. 6. 19.

DEVOTA sierva de Cristo: Lo que me dices en tu grata pone patente ante mis ojos una verdad que ya conocía yo por experiencia, y que cada día me voy confirmando más en ella. Es verdad y mucha verdad que las religiosas conocéis las virtudes de vuestro estado más bien por instinto ó por sentimiento, que por estudios é intuición; y así, la idea que de ellas os formáis, tiene por necesidad que ser confusa é incompleta unas veces, y otras exagerada. Por eso, accediendo de buena gana á tus deseos, paso á definirte la virtud de la pobreza, y á explicarte algunas de las excelencias que le atribuí en mi anterior.

La pobreza evangélica es una virtud cristiana que tiene por objeto quitar del corazón humano el amor de los bienes caducos de este mundo, desprendiéndolo de

la afición á las riquezas temporales. Es virtud muy amada de Cristo y muy recomendada por Él, en las palabras con que di principio á ésta: "*No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra;*" donde se ve claro que el Salvador va directamente al corazón, prohibiéndole la afición desordenada y el apego á las cosas materiales. *No queráis atesorar:* y para no quererlo hay que estar siempre en acecho, reprimiendo los deseos del corazón. La codicia es una pasión que no muere, sino con el hombre, y hay que vigilarla siempre, so pena de que nos haga traición y nos domine. ¡Ojalá que los religiosos no olvidaran nunca esta verdad tan probada por la experiencia! Ni la profesión de nuestro estado, ni el voto de pobreza que hacemos da muerte á esa pasión: siempre está viva, aunque alguna vez parezca muerta; y cuando trata de salirse con la suya, se levanta y es fecundísima en pretextos y sutilezas para legitimar la afición y el apego del religioso á bagatelas y niñerías. ¡Ay del que se deja seducir de ella! porque aquí lo verdaderamente malo es la afición y el apego á las cosas, aunque ellas sean pequeñas y viles, y cuanto más lo sean tanto peor, porque con eso tiene la pasión abierta la puerta para aficionarnos á otras cosas; y esto es precisamente lo prohibido por Cristo en las citadas palabras: *¡No queráis atesorar!*

Resulta, pues, que la pobreza evangélica nos estimula á renunciar prácticamente los bienes temporales, no disponiendo de nada independientemente de la Obediencia; nos incita á contentarnos con lo necesario, apartando no sólo el afecto desordenado, sino también el exceso ó superfluidad de las cosas; nos persuade á escoger lo inferior de casa para nuestro uso en el vestido, habitación y comida; nos mueve á desear carecer algunas veces de lo necesario para padecer un

poco por Dios; y por último, nos lleva á regocijarnos y alegrarnos cuando nos falta alguna cosa y sentimos los afectos de la pobreza profesada. Cada una de estas cinco cosas debemos mirarla como grado de esa virtud por los cuales hemos de ir subiendo á la perfección de la santa pobreza. El religioso que así lo hace y llega al último grado es completamente feliz en el claustro, porque no tiene apego á nada, y está pronto á despojarse de todo. Si le niegan una cosa no se ofende, antes bien, goza en carecer de ella; si se la dan, la recibe con gratitud, como el pobre recibe una limosna; y las cosas de su uso y las de los demás las mira como propiedad de Dios y cosas consagradas á su servicio y al de sus siervos. ¡Oh qué felicidad, si la pobreza se practicara siempre de este modo!

Y aquí es de advertir que te voy hablando solamente de la virtud y no del voto de pobreza, que aun dejando aparte el voto, esa virtud es obligatoria para el religioso y puede pecar contra ella, sin quebrantar aquél. La monja que se arrepintiera de haber renunciado sus bienes por el voto de pobreza y abrigara en su corazón deseos de poseerlos otra vez, no quebrantaría materialmente su voto, pero pecaría contra la virtud de la pobreza. El religioso que tenga á su uso cosas superfluas ó no superfluas, con dependencia del Superior, y tenga el corazón apegado á ellas, de modo que se resintiera, si se las quitaran, ese, sin quebrantar el voto, será prevaricador de la pobreza. Lo mismo digo del que se queja porque el Superior no le dió lo que pedía, ó se lo dió de menos valor ó ya usado. En esto, y algún otro caso que se pudiera poner, aunque el religioso no infrinja su voto, pecará contra la virtud de la pobreza y minará por sus cimientos el edificio de la religión.

No en vano llama nuestro padre San Francisco á

la pobreza fundamento de la Religión, porque ella es la base sobre la cual se levanta airoso el edificio de la perfección adornado por la obediencia, la castidad, la mortificación, la humildad y todas las demás virtudes del estado religioso. Y no es sólo su fundamento, sino muro que la cerca, y baluarte que la defiende de sus enemigos y adversarios. Baluarte contra el mundo, al cual tiene puesta la puntería para librar al religioso de sus seducciones, de sus falaces encantos, de sus aires pestilentes, de la corrupción que en él reina, y de los cuidados, distracciones y embarazos que causan sus mentidos bienes. Baluarte contra la carne á cuya sensualidad se dirigen todos los tiros que en él se disparan á fin de domar la rebeldía de la concupiscencia; y para ello aparta del religioso los goces lícitos de la vida, dándole de ordinario comida pobre, cama dura, mesa parca, vestidos humildes, utensilios modestos, todo respirando pobreza, todo santificado por la obediencia, todo marcado con el sello de la penitencia, de la abnegación y el sacrificio, virtudes de que se vale la pobreza para tener sujeta á la sensualidad. Baluarte contra el demonio, pero baluarte cuya principal batería apunta directamente á ese enemigo irreconciliable de la vida religiosa; baluarte que cierra al demonio la puerta para entrar en el corazón del religioso, pues sabido es que, si este enemigo arrastra tantas almas hacia el infierno, es porque tiene de donde cogerlas; pero al religioso verdaderamente pobre, al que de todo afecto terreno está desnudo, á ese no le puede coger por parte alguna.

Este es el muro que resiste los primeros asaltos de los enemigos de la religión, y mientras ese muro se conserve, segura está la fortaleza, porque no tiene entrada el enemigo. Bien sabe esto el demonio, y por eso hace tantos esfuerzos y pone en juego tantos medios

para abrir brecha en esa muralla que los santos fundadores levantaron alrededor de sus edificios para librarlos de las acometidas del tentador. Y el día que éste logra escalar ese muro, se pierde la religiosidad, se cambia lo dispuesto por los fundadores, se anula lo que ellos sabiamente ordenaron, se introducen novedades contrarias á la pobreza, se desprecia la austeridad primitiva, se hacen innovaciones opuestas al espíritu de la Orden ó Congregación, y la ruina y la desolación viene necesariamente sobre aquella Religión ó sobre aquel convento en que esto suceda.

¡Ay qué cosas tan tristes me ha enseñado sobre esto la historia íntima de algunos monasterios, las tradiciones de otros, y algunos manuscritos anteriores á la primera exclaustración! Conozco conventos de monjas que mantuvieron intacta la observancia á través de los siglos; en ellos brillaron las virtudes de las Claras y Teresas, de las Gertrudis y Catalinas: fueron nidos llenos de palomas sencillas y castas; y hoy están desalojados y vacíos, habitados por cuatro ancianas vestidas de hábito. ¿Quién ha causado esa mudanza? ¿quién ha llevado allí la desolación? ¿quién alejó y aleja hoy de sus recintos las vocaciones, las virtudes, la abundancia y la prosperidad material y espiritual? ¡La ausencia de la pobreza! ¡no me cabe duda! Cayó por tierra ese muro, y se perdió la religiosidad, y con ella todo lo demás.

Antiguos conventos de religiosos, moradas un tiempo de grandes santos y de ilustres varones, glorias de España, se ven hoy por todas partes convertidos en cuarteles, en teatros y en alguna cosa peor. ¿Quién les dió ese destino? ¿Cómo se convirtió la casa de Dios en escuela del crimen? ¿Cómo logró el demonio tan satánica transformación? ¡No lo dudes, hija mía; derribando el muro de la santa pobreza! Con él

en pie jamás hubiera llegado á conseguirlo; pero cuando ese baluarte se derrumba, cuando falta la pobreza evangélica, el edificio religioso se desploma, los conventos en su parte moral vienen al suelo, y caen por tierra convertidos en escombros. Dios los entrega en manos del enemigo, sirviéndose de la maldad y de la injusticia de los hombres para instrumento de nuestro castigo, para tomar venganza de la prevaricada pobreza, y para la ejecución de sus designios inefables.

Y si los edificios monásticos, si los conventos en su parte material no se derrumban también y continúan de pie todavía sin el muro de la pobreza, entonces ofrecen el triste espectáculo de la soledad, la escena de cuatro religiosas que se pierden en los largos claustros donde antes moraron cuarenta; ó el espectáculo más triste aún de una mascarada. la vista desconsoladora de personas religiosas por de fuera, y mundanas por dentro; vestidas en el cuerpo con un hábito santo y desnudas en el alma de las virtudes y de la santidad. Y esas casas religiosas casi no tienen ya de religiosas más que el nombre; y sus moradores ó moradoras tampoco tienen de religiosos más que el hábito y la regla; por eso las vocaciones huyen de esos conventos alejadas por la mano de Dios, y están á punto de perecer como árbol agostado, sin flores, sin frutos y sin retoños que sobrevivan al viejo tronco: digno castigo de quien derribó ó dejó derribar el muro de la pobreza santa y desoyó ó despreció este consejo de Jesucristo: "No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra... Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás lo recibiréis por añadidura."

La pobreza, por último, es muralla que defiende á la religión en general, á la comunidad en particular y

al religioso individualmente considerado; ella es sostén y defensa de la vida religiosa, del espíritu religioso y de las virtudes religiosas, tanto en particular como en común. Sin ella se arriesga la estabilidad de la religión, porque entrará la relajación y tras ésta la decadencia y la ruina. Con ella fácilmente será el religioso humilde, casto, obediente, mortificado, caritativo, fiel á su vocación, cumplidor de sus deberes: y las comunidades compuestas de tales religiosos prosperan siempre, y ofrecen al mundo el grato espectáculo de la piedad, de la mortificación, religiosidad y edificación.

De lo dicho se desprende una consecuencia práctica de mucha importancia, y es que debemos amar la pobreza con amor grande, y no de cualquier género, sino con amor de hijos, teniéndola por madre, según el consejo de nuestro santo Patriarca. Sólo el amor es capaz de grandes y continuos sacrificios; y como la pobreza exige tantos y tan continuos, claro es que, si no la amamos mucho, fácilmente nos cansaremos de ella; pero si la amamos como á madre, ese amor se manifestará en las obras, evitando sus transgresiones y practicándola con alegría y fervor.

Y aquí termino, querida Margarita, casi estremeído de lo mismo que te dejo escrito; aquí termino por hoy, encargándote mucho el amor á la pobreza y rogándote que le pidas á Dios esa misma gracia para tu afectísimo P.

FR. A.